

*www.cmis-int.org*

SENTIDO ECLESIAL Y ALEGRÍA  
PROPIA DE LA CONSAGRACIÓN SECULAR

Cardenal Eduardo Pironio

Palabras introductorias a la  
Asamblea de Responsables Generales

Roma, 23 de agosto de 1976



**cmis**  
CONFERENCE MONDIALE  
DES INSTITUTS SECLERS

---

# SENTIDO ECLESIAL Y ALEGRÍA PROPIA DE LA CONSAGRACIÓN SECULAR

Cardenal Eduardo Pironio

## Palabras introductorias a la Asamblea de Responsables Generales

*Roma, 23 de agosto de 1976*

1. Queridísimos hermanos y amigos: Quisiera saludaros con las mismas palabras del apóstol Pablo a los Romanos: "Que el Dios de la esperanza os llene en plenitud, en vuestro acto de fe, de alegría y de paz, a fin de que la esperanza abunde en vosotros por la virtud del Espíritu Santo" (Rm 15,13).

2. Es un sincero augurio, al comenzar vuestro encuentro en el Señor (Mc 6,30), las tres actitudes que el mundo contemporáneo - en el cual estáis plenamente insertados por especial vocación - espera de vosotros: una paz honda y serena, una alegría contagiosa, una esperanza inquebrantable y creadora.

3. Que la oración, que es el tema de vuestra Asamblea, os haga artífices de la paz, comunicadores de alegría y profetas de esperanza. Nos hacen falta a nosotros. Hacen falta a los hombres, nuestros hermanos, a quienes somos enviados por Cristo, en esta hora de la historia, para anunciarles la Buena Noticia de la salvación (Rm 1,16).

4. Al comenzar los trabajos de esta Asamblea quiero ofreceros unas reflexiones muy simples y sencillas. No es éste un discurso

de apertura, sino una sincera comunicación de hermano y amigo. Quiero decir, con toda sencillez, lo que me parece que tiene que ser vuestra Asamblea.

5. Ante todo, un acontecimiento eclesial. Es toda la Iglesia la que espera vuestra respuesta. Es toda la Iglesia la que os envía al mundo para transformarlo desde adentro "a modo de fermento" (LG 31). Representáis un modo nuevo de ser la Iglesia en el mundo "Sacramento universal de salvación": sois laicos consagrados, plenamente incorporados a la historia de los hombres por vuestra profesión y vuestro común estilo de vida, radicalmente entregados a Cristo por los consejos evangélicos como testigos del Reino.

6. Vuestra existencia y vuestra misión, como laicos consagrados, no tienen sentido sino desde el interior de una Iglesia que se nos presenta como presencia cotidianamente renovada del Cristo de la Pascua, como signo e instrumento de comunión (LG 1), como sacramento universal de salvación. La Iglesia, en definitiva, es esto: "Cristo en medio de vosotros esperanza de la gloria" (Col 1,27). Ser signo y comunicación de Cristo para la salvación integral de todos los hombres: he ahí el sentido de vuestra misión en la Iglesia.

7. Vivir esta Asamblea como acontecimiento eclesial significa, por eso, dos cosas: gozar profundamente el misterio de la presencia de Cristo en ella y sentir serenamente la responsabilidad de responder a las expectativas de los hombres de hoy. Por lo mismo hace falta estar abiertos a la Palabra de Dios y, al mismo tiempo, atentos a las exigencias de la historia. Nos hace falta vivir con fidelidad y gozo el momento concreto de la Iglesia: en su actualidad de hoy y en su fisonomía específica de Iglesia particular, indisolublemente unida a la Iglesia universal.

8. Pero esta Asamblea es, al mismo tiempo y por ser acontecimiento de Iglesia, un acontecimiento familiar: es decir, es el encuentro de la familia de los Institutos Seculares, con su diversidad de carismas, pero siempre en la misma identidad de

una secularidad consagrada. Se trata de un encuentro profundo y fraterno en Cristo de todos aquellos que han sido particularmente elegidos por el Señor para realizar su total consagración a Dios, mediante los consejos evangélicos, en el mundo, desde el mundo, para la transformación del mundo, ordenando según Dios todos los asuntos temporales.

9. Porque es un encuentro de familia -agrupados por el Espíritu Santo desde las diferentes partes del mundo- tiene que hacerse en un clima de extraordinaria sencillez, de profunda oración y de sincera fraternidad evangélica.

10. Clima de sencillez y pobreza: abiertos todos a la Palabra de Dios, como fuertemente necesitados de ella, y abiertos también a la fecunda y variada riqueza de los hermanos, dispuestos todos a compartir con humildad y generosidad los diferentes dones y carismas con que nos enriqueció el Espíritu para la edificación común (1 Co 12,4-7). Quien se siente seguro de sí mismo y en exclusiva posesión de la verdad completa, no es capaz de abrirse con docilidad a la Palabra de Dios, y por consiguiente es incapaz de un diálogo constructivo de Iglesia. La Palabra de Dios, como en María Santísima, exige mucha pobreza, mucho silencio, mucha disponibilidad.

11. Luego es necesario un clima de oración. Más todavía: esto es esencial en vuestro encuentro No os habéis reunido para reflexionar técnicamente sobre la oración, sino para pensar juntos, a la luz de la Palabra de Dios y partiendo de vuestra existencia cotidiana, cómo debe ser la oración de un laico consagrado hoy. No se trata, para vosotros, de discutir las diferentes formas de oración, sino de ver cómo en la práctica, viviendo a fondo vuestra profesión y vuestro compromiso temporal, podéis entrar en inmediata y constante comunión con Dios.

12. Por eso esta Asamblea - que trata de la oración como expresión de la consagración, como fuente de la misión y como clave de la formación - tiene que ser esencialmente una Asamblea de oración. Es decir, que nos hemos reunido particularmente

para orar. Y Jesús está en medio de nosotros asegurándonos la eficacia infalible de nuestra oración porque nos hemos reunido en su Nombre (Mt 18,20).

13. Finalmente, es necesario un clima de fraternidad evangélica: se trata de un encuentro muy hondo de hermanos, congregados en Jesús por el Espíritu, conservando cada cual su identidad específica, siendo particularmente fieles al carisma de su propio Instituto, pero viviendo a fondo la misma experiencia de Iglesia, sintiéndose todos conciudadanos de un mismo Pueblo de Dios (Ef 2,19), miembros de un mismo Cuerpo de Cristo (1 Co 12,27) y piedras vivas de un mismo Templo del Espíritu (1 P 2,5; Ef 2,20-22). La Iglesia es eso: la convocación de todos en Cristo por el Espíritu para la gloria del Padre y la salvación de los hombres.

14. Esta fraternidad evangélica se expresa maravillosamente en la sencillez y alegría cotidiana. Fueron las características de la comunidad cristiana primitiva: "Partían el pan en sus casas y comían juntos con alegría y sencillez de corazón" (Hch 2,46). Cuando se complican demasiado las cosas y los rostros se vuelven dolorosamente tristes, es porque falta una auténtica y constructiva fraternidad evangélica.

15. Son las tres condiciones o exigencias para esta Asamblea de laicos consagrados: sencillez de pobres, profundidad de oración, sincera fraternidad en Cristo.

16. Quisiera ahora señalarles - simplemente señalarles, porque no quiero alargar demasiado esta introducción- tres puntos que me parecen esenciales para esta Asamblea que hoy comienza: la Iglesia, la Secularidad consagrada y la Oración.

17. Permitidme que lo haga - ya que la Asamblea trata sobre la oración a la luz de la Oración Sacerdotal o apostólica de Jesús: Escuchemos juntos algunos versículos de la hermosísima plegaria del Señor: "Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu hijo para que tu hijo te glorifique a ti... Padre, que sean uno, para que el mundo crea que Tú me has enviado... Yo los envío al mundo, así como

Tú me enviaste al mundo... No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del maligno. Ellos no son del mundo, como Yo no soy del mundo. Conságralos en la verdad: tu palabra es verdad... Por ellos me consagro para que también ellos sean consagrados en la verdad" (Jn 17).

18. A partir de esta oración de Jesús, que ilumina siempre vuestra actitud fundamental de hombres que viven en el mundo y que oran, quisiera subrayar los tres puntos arriba indicados: sentido eclesial, exigencias de la secularidad consagrada, modo de oración.

19. 1° Sentido eclesial. Nuestra oración se realiza desde el interior de la Iglesia concebida como comunión fraterna de los hombres con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. "Yo en ellos y Tú en mí, para que sean perfectamente uno": eso es la Iglesia. Por eso nuestra oración - aunque recemos solos o en pequeños grupos - tiene siempre una dimensión eclesial. Es toda la Iglesia la que ora en nosotros. En definitiva, es el mismo Cristo - misteriosamente presente en la Iglesia el que en nosotros y con nosotros ora al Padre. Por intermedio de su Espíritu, que habita en nosotros (Rm 8,9 y 11), grita "con gemidos inefables" (Rm 8,26): "Abba" es decir: "Padre" (Rm 8,15).

20. Este sentido eclesial hace que nuestra oración tenga una dimensión profundamente humana y cósmica, es decir, vuelta hacia los hombres y la historia. Es una oración que ilumina y asume el dolor y la alegría de los hombres para ofrecerlos, desde el interior de la historia, al Padre. Es una oración que tiende a transformar al mundo "salvado en esperanza" (Rm 8,24) y a acelerar la llegada definitiva del Reino (1 Co 15,24-28). Lo pedimos cotidianamente en el Padre nuestro: "Venga a nosotros tu Reino".

21. ¡Sentido eclesial! Es esencial para nuestro ser cristiano. Es esencial para nuestro ser de consagrados. Es esencial para nuestra oración. Cuando uno se siente plenamente Iglesia - es decir, presencia salvadora del Cristo de la Pascua en el mundo - experimenta también la urgencia de orar, tal como lo hizo Jesús y a partir del corazón filial y redentor de Cristo, adorador del Padre y servidor de los hombres.

22. Esta Asamblea tendrá que reflejar constantemente este sentido eclesial. De un modo palpable tendrá que sentirse aquí la Iglesia: como presencia del Cristo Pascual, como sacramento de unidad, como signo e instrumento universal de salvación. Vivid la Iglesia, expresad la Iglesia, comunicad la Iglesia, para orar con Cristo desde el interior de la Iglesia.

23. Pero es necesario, para ello, el don del espíritu Santo, que es en la Iglesia "el principio de unidad en la comunión" (LG 13). El Espíritu Santo está en el comienzo de nuestra oración: grita en nosotros con "gemidos inefables" (Cm 8, 26) y "nadie puede decir Jesús es el Señor, si no es impulsado por el Espíritu Santo" (1 Co 12,3). Pero es, también, el fruto de nuestra oración, el contenido central de cuanto en la oración pedimos: "¡Cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará el Espíritu Santo a los que se lo piden!" (Lc 11,13).

24. Es el Espíritu el que hace la unidad en la Iglesia. Por eso la unidad eclesial, la verdadera comunión de todos en Cristo, es fruto de nuestra oración hecha con autenticidad en el Espíritu. Y esta unidad es urgente hoy en nuestra Iglesia tan dolorosamente sacudida y tensa, como es urgente también en el corazón de la historia de la humanidad que avanza hacia el encuentro definitivo, a través de una serie de contrastes, desencuentros profundos, insensibilidad y odio.

25. Pero esta Iglesia comunión - "pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (San Cipriano; LG 49) es enviada al mundo para ser "sacramento universal de salvación" (AG 1). Es una Iglesia esencialmente misionera y evangelizadora, insertada en el mundo como luz, sal y fermento de Dios, para la salvación de todos los hombres. "La Iglesia -dice el concilio- avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios" (GS 40).

26. Esta exigencia de la Iglesia - esencialmente Iglesia del testimonio y la profecía, de la encarnación y la presencia, de la

misión y el servicio - presupone en todos los miembros de la Iglesia una irremplazable profundidad contemplativa. Ante las urgencias de la Iglesia de hoy y ante las expectativas de los hombres de hoy, no cabe más que esta postura simple y esencial: "Señor, enséñanos a orar" (Lc 11,1). Para eso, precisamente, nos hemos reunido estos días.

27. 2° Secularidad consagrada. En esta fundamental relación Iglesia-mundo, en esta inserción misionera de la Iglesia en la historia de la humanidad, se sitúa precisamente, mis queridos amigos, vuestra vocación específica. Porque toda la Iglesia es misionera, pero no de la misma manera; toda la Iglesia es profética, pero no en el mismo nivel; toda la Iglesia se encarna en el mundo, pero no del mismo modo. El vuestro es un modo irremplazable, original y único, vivido con generosidad y gozo como don especial del Espíritu.

28. Se trata, en efecto, de vuestra secularidad consagrada. Sois plenamente consagrados, radicalmente entregados al "seguimiento de Cristo" por los consejos evangélicos, pero seguís siendo plenamente laicos, viviendo en Cristo vuestra profesión, vuestro compromiso temporal, vuestras obligaciones del mundo en las circunstancias ordinarias de la vida" (AA 4).

29. La consagración a Dios no os quita del mundo: os incorpora a él de un modo nuevo. Se ha dado interiormente plenitud a vuestra consagración bautismal, pero seguís viviendo en el mundo, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social. Os pertenece plenamente por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales (LG 31). En vosotros adquiere un sentido especial la oración de Jesús: "No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del maligno... Yo me consagro (= me inmoló y sacrifico) por ellos, a fin de que ellos sean consagrados en la verdad" (Jn 17).

30. Es un modo nuevo de presencia de la Iglesia en el mundo. Nadie en la Iglesia (ni siquiera el contemplativo) deja de estar presente en el mundo y es ajeno a la historia. Nadie, tampoco, si ha



sido "ungido por el consagrado" en el bautismo (1 Jn 2,20), deja de estar radicalmente entregado al Evangelio como testigo en el mundo de la Pascua de Jesús. Pero vuestra especial consagración a Dios por los consejos evangélicos os compromete a ser en el mundo testigos del Reino y os incorpora al misterio pascual de Jesús - su muerte y su resurrección - de un modo más hondo y radical, sin sacaros por eso de las responsabilidades normales de vuestra actividad familiar, social y política, que constituyen el ámbito propio de vuestra vocación y vuestra misión.

31. Son estos, queridos amigos, los dos aspectos de vuestra riquísima, maravillosa y providencial vocación en la Iglesia: la secularidad y la consagración. Hace falta vivirlos con igual intensidad y plenitud, inseparablemente unidos, como dos elementos esenciales de una única realidad: la secularidad consagrada. El único modo, para vosotros, de vivir vuestra consagración es entregándoos a la radicalidad del Evangelio desde el interior del mundo, a partir del mundo, siendo indisolublemente fieles a vuestras tareas temporales y a las exigencias interiores del Espíritu como testigos privilegiados del Reino (cfr. GS 43). Y el único modo de realizar en plenitud ahora vuestra vocación secular - porque el Señor ha entrado misteriosamente en vuestra vida y os ha llamado de un modo especial a su seguimiento radical - es vivir con alegría cotidianamente renovada vuestra fidelidad a Dios en la fecundidad de la contemplación, en la serenidad de la cruz, en la práctica generosa de los consejos evangélicos.

32. Hace falta transformar el mundo, santificarlo desde adentro, viviendo a fondo el espíritu de las bienaventuranzas evangélicas y preparando así "los cielos nuevos y la tierra nueva donde habitará la justicia" (2 P 3,13).

33. La secularidad consagrada expresa y realiza, de un modo privilegiado, la armoniosa conjunción de la edificación del Reino de Dios y de la construcción de la ciudad temporal, el anuncio explícito de Jesús en la evangelización y las exigencias cristianas de la promoción humana integral.

34. Vivid la alegría de esta consagración secular, que en el mundo de hoy es más actual que nunca. Hacen falta los valientes testigos del Reino. Sed fieles a las exigencias del Evangelio y preparad desde adentro un mundo nuevo. Vivid con responsabilidad y fortaleza el riesgo de vuestra secularidad comprometida en una especial consagración a Cristo por el Espíritu. Sed fieles a vuestra hora, a vuestra profesión, a vuestro compromiso temporal, a las expectativas de los hombres de Dios, al hambre de Jesús y de su Reino.

35. Vivid vuestra consagración desde la secularidad plenamente realizada - con el corazón abierto al Reino, al Evangelio, a Jesús - y comprometeos a transformar el mundo desde el gozo de vuestra consagración y con el espíritu de las bienaventuranzas generosamente asumidas y expresadas. Sed fuertemente contemplativos para percibir el paso del Señor en las actuales circunstancias de la historia, a fin de colaborar en el plan de salvación de Dios que quiso "recapitular todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra" (Ef 1,10).

36. 3° Modo de oración. Esto nos introduce en el último punto de nuestra sencilla reflexión: la oración. Esta Asamblea vuestra está dedicada no solamente a pensar sobre la oración, sino y sobre todo a celebrarla. En el corazón inquieto de cada uno de nosotros existe un deseo ardiente y simple: "Señor, enséñanos a orar" (Lc 11,1). Es el grito esperanzado de los pobres que buscan en Jesús al maestro de la oración. Es en Él donde también nosotros aprenderemos a orar, como hombres concretos de un tiempo nuevo. "Señor, en este momento atormentado de la historia, en este período difícil de la Iglesia, yo que vivo en el mundo, como consagrado radicalmente al Evangelio, para transformar el mundo según tu designio, Señor, yo que sufro y espero con la angustia y la esperanza de los hombres de hoy ¿cómo tengo que orar? ¿Cómo tengo que orar para no perder profundidad contemplativa, ni la permanente capacidad de servir a mis hermanos? ¿Cómo tengo que orar sin evadirme del problema de los hombres ni abandonar las exigencias de mi vida cotidiana, pero sin perder tampoco de vista que Tú eres el único Dios, que una sola cosa es necesaria (Lc 10,42) y que es urgente buscar primero el Reino de Dios y su justicia (Mt 6,33)? ¿Cómo tengo que orar en el

mundo y desde el mundo? ¿Cómo puedo encontrar un momento de silencio y un espacio de desierto - para escucharte exclusivamente a Ti y entregarme gozosamente a tu Palabra - en medio de una ciudad tan aturrida por las palabras de los hombres y tan llena de actividades y problemas que me urgen? Señor, enséñanos a orar".

37. Este es, mis queridos amigos, vuestro deseo. Esta es vuestra dolorosa preocupación y vuestra serena esperanza. En esta Asamblea -celebración comunitaria de la oración- el Señor os enseñará a orar. Sobre todo os dirá que no es difícil; mucho menos, imposible. Porque Él nos manda orar siempre y sin desanimarnos (Lc 18,1). Y Dios no manda cosas imposibles (San Agustín, De Natura et gratia 43,50).

38. No quiero entrar detalladamente en el tema de vuestra Asamblea. Solamente permitidme, como hermano y amigo, que os indique tres pistas para vuestros trabajos.

39. Ante todo, la persona misma de Cristo. Hace falta buscar en el Evangelio la figura del Cristo orante: en el desierto, en el monte, en el cenáculo, en la agonía del huerto, en la cruz. ¿Cuándo, cómo y por qué oró Cristo? Solamente quisiera recordaros que la oración de Jesús -tan hondamente filial y redentora iba siempre mezclada de una fuerte experiencia del Padre en la soledad, de una conciencia muy clara de que todos lo buscaban y de una incansable actividad misionera como profeta de la buena nueva del Reino a los humildes y como médico espiritual para la curación integral de los enfermos. San Lucas lo resume así en un texto que merecería ser detenidamente analizado: "Su fama se extendía cada vez más y acudían grandes multitudes para escucharlo y hacerse curar sus enfermedades. Pero Él se retiraba a lugares solitarios para orar" (Lc 5,15-16).

40. En segundo lugar, quisiera recordaros que el principio de vuestra oración es siempre el Espíritu Santo, pero que el modo específico - el único para vosotros - es orar desde vuestra secularidad consagrada. Lo cual os obliga a buscar, muy particularmente, la unidad entre contemplación y acción, y a evitar "el divorcio entre la fe y la vida diaria", que "debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época" (GS 43).

41. No sólo vuestra oración debe preceder y hacer fecunda vuestra tarea, sino que debe penetrarla integralmente y darle particular sentido de ofrenda y redención. No sólo vuestra profesión no puede impedir o suspender vuestra oración, sino que debe servir de fuente de inspiración, de vida y de realismo contemplativo. Esto, ciertamente, no es fácil; vosotros buscaréis los caminos; yo os indico simplemente dos: sed verdaderamente pobres y pedidlo intensamente al Espíritu Santo y a Nuestra Señora del silencio y la contemplación.

42. Finalmente, quisiera marcar tres condiciones evangélicas necesarias para todo tipo de oración: la pobreza, la autenticidad del silencio y la verdadera caridad.

43. La pobreza: tener conciencia de nuestros límites, de nuestra incapacidad de orar como conviene (Rm 8,26), de la necesidad del diálogo con los otros, sobre todo de nuestra hambre profunda de Dios. Sólo a los pobres se les revelan los secretos del Reino de Dios (Lc 10,21). Los pobres tienen un modo de orar muy simple y sereno, infaliblemente eficaz: "Señor, si quieres, puedes curarme... Lo quiero. Quedas curado" (Mt 8,2-3).

44. El silencio: no es fácil hacerlo en el mundo, pero no es más fácil hacerlo en el convento. Todo depende de un interior pacificado y centrado en Dios. Lo que se opone al verdadero silencio no es el ruido exterior, la actividad o la palabra; lo que se opone es el propio yo constituido como centro. Por eso, la primera condición para orar bien es olvidarse. A veces ora mejor un laico comprometido que un monje exclusivamente centrado en su problema. Por eso hablamos de la "autenticidad del silencio". Es, al menos en parte, el sentido de las palabras de Jesús: "Cuando ores, retírate a tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará" (Mt6, 6). Lo esencial no es entrar en la habitación; lo verdaderamente importante es que el Padre está allí y nos espera.

45. La verdadera caridad: me parece que es éste el secreto de una oración fecunda. Hay que entrar en la oración con corazón

de "hermano universal". Nadie puede abrir el corazón a Dios sin una elemental apertura a los hermanos. El término o fruto de una oración verdadera será luego una apertura más honda y gozosa a los demás. No se puede experimentar la presencia de Jesús en los hombres si no hay una fuerte y honda experiencia de Dios en la soledad fecunda del desierto. Pero este encuentro con el Señor, en la intimidad privilegiada de la contemplación, tiene que llevarnos al descubrimiento continuo de su presencia en los necesitados (cfr. Mt 25).

46. Lo que quiero decir es lo siguiente: que para orar bien hace falta vivir elementalmente en la caridad, pero que si se ora bien - entrando con sinceridad en comunión con el Padre por el Hijo en el Espíritu Santo - se sale de la oración con incansable capacidad de donación y de servicio a los hermanos. La caridad auténtica como inmolación a Dios y entrega a los hermanos está así en el comienzo. en el medio y en el término de una oración verdadera.

47. La oración de un laico consagrado - para que sea verdaderamente expresión de su gozosa entrega a Jesucristo, fuente fecunda de su misión y clave esencial de su formación - tiene que ser hecha "en el Nombre de Jesús" (Jn 16,23-27), es decir, bajo la acción infaliblemente eficaz del Espíritu Santo. Es el Espíritu de la Verdad el que nos introduce en la verdad completa (Jn 16,13) y nos ayuda a dar simultáneamente testimonio de Cristo (Jn 15,26-27) en la realidad concreta y cotidiana de nuestra vida. Por una parte nos ayuda a entrar en Cristo más hondamente y a gustar su Palabra; por otra nos descubre su paso en la historia y nos hace escuchar con responsabilidad las interpelaciones y expectativas de los hombres.

48. En otras palabras: el Espíritu de Verdad habita en nosotros (Jn 14,17) y nos hace comprender adentro, en la unidad profunda de la vida consagrada en el mundo, que "Dios amó tanto al mundo que le dio a su hijo único... Porque Dios no envió a su hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él" (Jn 3,16-17).

49. La consagración secular es un testimonio de este amor íntimo y universal del Padre. La vida de un laico consagrado se convierte

así, por la acción ininterrumpidamente recreadora de la oración, en una sencilla manifestación y comunicación de la incansable bondad del Padre. Porque el Espíritu Santo lo hace una nueva presencia de Cristo: "Vosotros sois una carta de Cristo, escrita no con tinta, si no con el Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra, si no en las tablas de carne del corazón" (2 Co 3,3).

50. Que María Santísima, modelo y maestra de oración, os acompañe e ilumine en estos días; que os introduzca en su corazón contemplativo (Lc 2,19) y os enseñe a ser pobres. Que os prepare a la acción profunda del Espíritu y os haga fieles a la Palabra. Que os repita adentro estas dos sencillas frases del Evangelio, una de Ella y otra de su hijo: "Haced todo lo que El os diga" (Jn 2,5); "Felices, más bien, los que reciben la Palabra de Dios y la realizan" (Lc 11,27).